



ÁNGELES IBIRIKA

*Donde siempre
es Otoño*

booket

Donde siempre es otoño

ÁNGELES IBIRIKA

Biografía

Ángeles Ibirika nació en Ugao-Miraballes, un pequeño pueblo cercano a Bilbao. Amante de la naturaleza, los animales y la vida sosegada, vive en el campo en compañía de su esposo, sus dos hijos y sus perros. Siempre ha trabajado rodeada de libros; en las oficinas de una editorial o regentando su propia librería, que dejó para tener a su segunda hija y dedicarle su tiempo por entero. Cuando sus hijos dejaron de necesitarla resurgió su inquietud por escribir, cambiando las poesías que plasmó en su juventud por novelas cargadas de sentimientos.

La propia Ángeles ha dicho: «Mi gran reto es emocionar con mis historias, conquistar la complicidad del lector. Conseguir que se sienta tan unido a los personajes que tras meses de haber cerrado el libro se pregunte, de vez en cuando, qué habrá sido de ellos después de superar tantas calamidades.» Es autora de *Entre sueños* (2010), galardonada como mejor debut romántico y mejor novela romántica contemporánea en El Rincón Romántico y con el Premio RománTica'S a la mejor autora revelación española; y *Antes y después de odiarte* (2011), con la que ha ganado dos premios Dama (mejor novela romántica nacional del año y mejor novela romántica contemporánea). *Donde siempre es otoño* es su tercera novela publicada.

Más información en: ibirika.blogspot.com

*A mis hijos, Aitor e Irati, dueños
de mi corazón y de mi vida*

«He amado hasta llegar a la locura;
y eso a lo que llaman locura, para mí,
es la única forma sensata de amar.»

FRANÇOISE SAGAN

AGRADECIMIENTOS

A mi querida amiga Eli, que ha leído esta historia casi tantas veces como yo misma, y que lo ha hecho desde el cariño para darme, como siempre, su más cruda y objetiva opinión. Sabes que un pedacito de mi corazón es y será siempre tuyo.

A Fernando Benito, por leer la novela inacabada y por regalarme su tiempo para contarme, con su particular y dulce calma, sus impresiones.

A Zuriñe y a Laura, que cuando leen mis novelas no se conforman con decirme si les gustan o no, sino que las desmenuzan y deshacen para que yo entienda cómo las ven por dentro.

A mi editorial, en especial a Lourdes y a Siscu, por su plena confianza en mí, por sus ánimos, por su cercanía, por el cariño que han derrochado en todo el proceso de convertir esta historia en un precioso libro. Nuestro libro.

Aún tuvo fuerzas para gritar al sentir que le rompían los dedos de la mano derecha.

No podía moverse. Ni siquiera para hacerse un ovillo y proteger su magullado cuerpo por si aún no se habían cansado de golpearlo. Derrumbado en el suelo de la Rivera Verde del río Hudson, mientras el aire no le alcanzaba los pulmones, sólo podía pensar en ella y en que, si ése era el precio por haberla tenido, una y mil veces que volviera a nacer, una y mil veces se ofrecería a esa tortura por volver a tenerla.

El dolor físico no importaba. Era peor el del alma, el que le provocaba saber que ella lo quería apaleado, roto por fuera y por dentro, hundido; y tal vez hasta lo quería muerto.

Y en esa cruel agonía encontró su único y desgarrador consuelo.

La complacería.

Moriría para complacerla una última vez.

CAPÍTULO 1

Otoño en Crystal Lake

Dicen que un instante puede cambiarnos la vida. Que un encuentro al que no damos importancia puede convertirse en el suceso que marque toda nuestra existencia. Dicen que puedes ser testigo de ese intervalo fugaz y mágico en el que la rueda del destino se detiene, duda y termina variando la dirección y ocasionando que nada vuelva a ser igual.

Tampoco él supo distinguir ese momento clave en el que su propio universo, absolutamente perfecto, comenzó a quebrarse. No entendió la trascendencia que tendría ese segundo exacto ni vislumbró el motivo por el que de pronto se le aceleró el corazón. Nada le hizo presentir que estaba asistiendo al sencillo hecho que iba a alterar todo su mundo y que, sobre todo, iba a cambiarlo a él.

Esa tarde, el otoño burbujeaba en ocres y amarillos en el extremo noreste de Crystal Lake. El sol desaparecía en el horizonte y los ya débiles rayos penetraban por entre las copas de los árboles dorando las tranquilas aguas del lago y la fachada principal de la solitaria casa victoriana.

Ignorando ese fulgor que lo cegaba, Ian, de pie en el porche, clavaba los ojos en el cielo rojizo. Miraba sin ver, esperando encontrar lo que había perdido, no sabía cómo ni dónde.

La suave brisa le llegaba de frente, alborotándole la sedosa melena oscura y meciendo, tras él, el banco que cuatro gruesas cuerdas sujetaban al techo. El acompasado crujido de los anclajes oxidados se entremezclaba con el suave pasar de las hojas de un cuaderno que había en una pequeña mesa, junto a una pluma estilográfica y una taza con café.

Crispó las manos sobre la barandilla pintada en blanco, cerró los ojos y bajó la cabeza a la vez que profería una maldición. Le desesperaba presenciar una nueva puesta de sol sabiendo que, una vez más, se acostaría con la misma sensación de vacío y sin haber escrito una sola línea. «Capítulo uno», había anotado hacía casi un mes, y después nada. Se había dedicado a dar largos paseos por los bosques que bordeaban el lago, disfrutando del hermoso espectáculo con el que el verde esplendoroso del verano iba dando paso a los colores incendiados del otoño,

gozando del olor a humedad y a musgo, del relajante crujir del mullido manto de hojas bajo sus pies. Pero era ahí, en ese porche, donde había pasado la mayor parte de las horas, sentando frente a un cuaderno y a una taza en la que siempre terminaba enfriándosele el café. No entendía qué le estaba pasando y eso lo frustraba y lo llenaba de impotencia.

Una racha, más fuerte y heladora, irrumpió, agitando a su espalda el banco y pasando con velocidad las hojas del cuaderno hasta lanzarlo al suelo. Ian se irguió furioso contra no sabía quién y se frotó el rostro con las manos. Inspiró hondo, tratando de calmarse. Sólo si estaba y se sentía en paz recuperaría esa parte de sí que lo había abandonado.

Un movimiento en el sendero llamó su atención, y entrecerró los ojos para evitar los cegadores rayos. Aguzó la mirada y a través del fulgor creyó distinguir la figura de una mujer envuelta en una prenda gris. Pero todo duró un brevísimo instante. Fue como una sombra, un reflejo de oro en medio de minúsculas partículas que brillaban en el aire a contraluz y que parecían el agitado y mágico polvo de un ángel que abría sus alas, o tal vez simplemente los brazos, y que, de pronto, se desvaneció con el último destello de sol.

Algo dulce y extraño impregnó el aire, y su corazón dio un respingo. Desconcertado, se quedó mirando el punto donde casi sin llegar a verla, la había perdido. Se dijo que no era posible. Llevaba toda la vida visitando aquel lugar y años acudiendo cada otoño, y nunca había advertido ninguna presencia humana. Ese extremo del lago era lo más aislado de la civilización que podía encontrar cerca de Manhattan, por eso le gustaba.

Aún conservaba esa confusa visión en la retina cuando, esa noche, sentado frente al escritorio, abrió el cuaderno y contempló durante largo rato la primera página en blanco.

¿De verdad podía hacerlo? ¿De verdad ese impulso por comenzar a escribir no terminaría convertido en otra frustración, como todos los anteriores? A pesar de sus instintivas ganas, era consciente de que si volvía a fracasar pasaría mucho tiempo antes de que se atreviera a intentarlo y eso lo contenía.

Pero, cuando al fin se armó de valor para arriesgarse, su vieja pluma comenzó a hilvanar una frase tras otra sin que le llegara el sueño ni le venciera el cansancio, mientras una redonda luna llena se asomaba, curiosa, por entre los visillos para observarlo.

La mañana siguiente no escribió ni una línea, pero no porque éstas no le bulleran en la cabeza. Necesitaba cerciorarse de que la mujer a la que creyó ver no había sido producto de su desesperada necesidad de imaginar. Por eso se mantuvo

vigilante, de pie ante la baranda o sentado en el banco y dejándose mecer por la potencia del viento.

Las horas se le hicieron eternas. Llegó el ocaso y los últimos rayos de sol volvieron a dorar el agua y el frente de su hermosa casa de madera. Pronto anochecería, pero él siguió albergando la esperanza de que esa mujer, real o imaginada, apareciera de nuevo.

Acercó la silla a la baranda y se sentó a horcajadas, con el respaldo delante. Apoyó los brazos en él y sobre ellos el mentón, dispuesto a esperar lo que fuera necesario mientras el frío y las sombras se iban adueñando del entorno.

Tras unos minutos de calma, tomó aire y lo retuvo en los pulmones: la fantasía que le había inspirado durante la noche pasada estaba allí, avanzando por el sendero con paso lento, real y humana, y tan misteriosa como si hubiera surgido de las páginas de uno de sus libros.

La contempló con atención. El cabello rubio, recogido descuidadamente sobre la nuca, el enorme jersey gris con el que se protegía del frío, las largas mangas en las que desaparecían sus manos... Toda esa triste melancolía que parecía desprender acrecentó su interés.

A partir de entonces, se encontró sumido en una entusiasta rutina: escribía sin descanso, comiendo un sándwich hecho con prisa cuando lo apremiaba el hambre y durmiendo sólo cuando lo doblegaba el sueño. Y, al comenzar cada ocaso, lo dejaba todo y se acercaba a la barandilla para no perderse su llegada entre el ramaje, su paseo junto al lago y su desaparición en el cerrado bosque de robles y hayas. Contemplaba hasta el más insignificante de sus movimientos. Lo hechizaba simplemente verla sujetarse los mechones que le alborotada el aire, pues sólo entonces aparecían sus delicados dedos bajo la gruesa lana. A veces, cerraba por un instante los ojos para rescatar de su memoria el suave crujir de la hojarasca bajo sus pies y sentía que estaba junto a ella, andando a su lado y respirando su aroma. Porque no necesitaba acercarse para saber que ella olía como un cálido atardecer de otoño.

Escribir y aguardar, verla y volver a escribir: una repetición constante que lo absorbía y lo satisfacía por completo.

Hasta que una de esas tranquilas esperas se alargó hasta convertirse en eterna. Terminó de ocultarse el sol y cayó el manto de oscuridad sin que la hubiera visto.

No le dio importancia, como tampoco le preocupó que esa noche no consiguiera escribir ni una línea. Estaba seguro de que las cosas volverían a la normalidad al día siguiente. En ese momento, el pensamiento se le iba una y otra

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

